

De la autora de *El Club de los Corazones Solitarios*

ELIZABETH EULBERG



Del
material
del que están
hechos los
sueños

ELIZABETH EULBERG



ALFAGUARA


LOS CASTINGS

CARTER

Mi vida ha sido un gran *casting*.

Ni siquiera recuerdo la primera vez que mi madre me llevó a uno. Escogían niños para un anuncio de pañales. Por aquel entonces, vivíamos en Los Angeles y yo tenía seis meses. Si le preguntas a alguien por sus primeros recuerdos, casi todo el mundo te hablará de cuando jugaba con sus amigos de infancia, pero a mí me vienen a la memoria los fríos pasillos donde aguardaba a que me llamasen. Lo único bueno de todo aquello era que, cuando salíamos de allí, mi madre me llevaba a comer a McDonald's. Solo entonces me sentía un niño normal.

Después de que me seleccionaran para participar en la primera película de *Los Chicos Cavalier*, ya no tuve que hacer tantas pruebas. Directamente, me ofrecían los papeles. A los nueve años, ya había aparecido en la portada de la revista *People* y había presentado los Oscar; siempre contaban conmigo cuando necesitaban un niño mono. Fui el «hijo» cinematográfico de todas las grandes estrellas. He trabajado con los mejores. Y cuando *Los Chicos Cavalier* se convirtió en franquicia, aparecí en incontables tarteras, cojines, Happy Meals; pensad un objeto y seguro que mi retrato ha aparecido en él. (No creo que me haya recuperado aún de haber visto mi careto sonriente en un rollo de papel

de váter. En serio, en papel de váter. Por lo que parece, el departamento de marketing del estudio no tenía límite.)

Grababa una superproducción en primavera y una entrega de *Los Chicos Kavalier* en otoño (para el gran estreno del verano). Y si bien mi infancia fue de todo menos normal, recuerdo con cariño aquellos filmes. Los otros actores infantiles eran lo más parecido a amigos que tenía. Como mínimo, yo los consideraba mis amigos, o lo que yo entendía por amigos. Eso sí, únicamente nos relacionábamos en el plató. Nada de quedarse a dormir en casa de los demás o de comer pizza y ver la tele, solo profesores particulares y repasos de guion.

Todo iba de maravilla cuando se produjo un... llamémoslo «altercado» entre mi madre y el productor. Me expulsaron de la franquicia. Una nueva remesa de niños monos llegó a Hollywood y a mí me relegaron al papel de estrella invitada en las series policiacas.

De modo que tomé una decisión. Iba a hacer lo que mi madre más temía en el mundo, más aún que las patas de gallo y los taxis. Y no hablo de vivir en Nueva York ni de participar en una teleserie que no estaba «a mi altura». No, todo eso ya lo había hecho, de modo que por fin podía dar el paso que aterrizaba a mi madre por encima de cualquier otra cosa.

Estudiar Secundaria.

Sí, Carter Harrison, antigua superestrella infantil y actual actor de culebrón, quiere ir al insti.

Ahora bien, aquí sentado en el vestíbulo del Instituto de Artes Escénicas y Creativas de Nueva York, soy consciente de que esta no es una escuela normal. Es uno de los centros de Interpretación más importantes del país. Sabía que mi madre acabaría accediendo a mi deseo si insistía en lo mucho que me iban a ayudar las clases a mejorar mi destreza.

Sí, empleé la palabra «destreza» para describir lo que hago. Porque se parece más a la destreza de los que dibujan caricaturas en Times Square que al arte.

Yo finjo. Llevo haciéndolo toda la vida. Lo he hecho tanto tiempo que ya no sé quién soy. Me siento más cómodo en el papel de otra persona que en el mío propio. Ni siquiera me siento yo mismo cuando soy Carter Harrison. Los *paparazzi* me estaban esperando hoy a la entrada del centro y los he obsequiado con mi famosa sonrisa... pero no era yo. Estaba fingiendo.

Mientras esperamos a que me llamen, miro de reojo a mi madre, que se esconde tras unas enormes gafas de sol. No parece que le haya sorprendido ver a los fotógrafos en el exterior. Dios, me pregunto quién les habrá dado el chivatazo de que hoy iba a presentarme a las pruebas de acceso. No es que la prensa te persiga por participar en una serie de televisión, pero al haber sido la mayor atracción en taquilla a la edad de diez años, la gente anda siempre pendiente de ti. Quieren saber qué estás haciendo. Como si mi vida entera fuera un episodio interminable de *¿Qué fue de...?*

Afortunadamente, me he acostumbrado a tanta atención. Se me da muy bien olvidarme de ella. Además, me ha venido bien conseguir un papel que solo me exige unas horas de trabajo semanales. De ese modo, mi madre no me importa para que vuelva a la tele y yo puedo asistir a clase.

Ni siquiera estoy nervioso mientras espero a que me llamen. Salir a escena y recitar un par de monólogos (uno de *Nuestra ciudad* y otro de *Eres un buen tío, Charlie Brown*) será pan comido. Para mí, hoy es un día normal y corriente. Lo que de verdad me pone nervioso es la idea de ir a clase.

Por irónico que parezca, es a mi madre a quien no le hace gracia que vaya al instituto. Piensa que no sabré adaptarme al ambiente escolar.

Vamos a ver, a lo largo de toda mi vida no han hecho sino evaluarme, criticarme y señalarme.

Creo que no hay nadie en el mundo más preparado que yo para ir al instituto.

SOPHIE

Todo está saliendo según el plan. Esta prueba solo es un paso más en el Plan de Sophie para alcanzar el Superestrellato.

De momento, los pasos del plan consisten básicamente en participar en todos los concursos de talentos, bodas, acontecimientos deportivos, celebraciones de Bar Mitzvá, fiestas de cumpleaños, etc., posibles en la zona de Brooklyn (¡superado!), conseguir que Emme me escriba un *superhit* para la prueba (¡superado!) y entrar en el Centro de Artes Escénicas.

Eso sí, cuando me hayan aceptado, me quedará mucho trabajo por delante. No soy tonta. De modo que una vez dentro tendré que convertirme en la alumna estrella, hacerme con el papel protagonista de cada obra, conseguir la mejor ubicación en el festival de talentos del último curso y firmar un contrato discográfico en cuanto haya terminado los estudios.

Habré ganado un Grammy antes de cumplir los veinte. Aunque muera en el intento.

Ni siquiera estoy nerviosa. ¿Me tomáis el pelo? Me ENCANTAN los escenarios. ADORO el brillo de los focos. Es la espera lo que me mata.

Miro a mi alrededor y reconozco a algunos de los aspirantes a la sección vocal. Los reconozco de los distintos concursos de talentos en los que he participado... y que he ganado. No tienen ninguna posibilidad de superarme y lo saben.

Todos los cantantes (como mínimo los de Brooklyn) me tienen celos. Mientras que ellos van a competir con canciones de *West Side Story*, *My Fair Lady* y *The Sound of Music*, yo me presento con un tema inédito de Emme Connelly escrito expresamente para mí.

Por un momento, solo por un instante, se me encoge el estómago. Espero que Emme lo consiga. La prueba de Composición Musical será dentro de dos semanas. Aunque el hecho de que ella sea aceptada (o rechazada) no influirá en mi plan. Seguirá escribiendo canciones para mí. Sencillamente, todo será más fácil si asiste a la misma escuela que

yo. No me interpretéis mal, posee talento de sobra para ser admitida, pero ser el centro de atención no es lo suyo. Se pone nerviosa.

No todo el mundo comparte mi don.

—Sophie Jenkins.

Oigo mi nombre y entro en el auditorio. No puedo esperar a mostrarle al tribunal de lo que soy capaz. Estoy lista para seguir adelante con el plan de convertirme en la estrella que soy.

Esto no es más que un pequeño paso.

Superado.

ETHAN

Quiero que esto acabe de una vez.

Tengo un nudo en el estómago desde que me he levantado. Venga ya, ¿a quién quiero engañar? Estoy hecho un manojo de nervios desde que me dieron fecha para la audición. Quizá matricularme en el Centro de Artes Escénicas no sea tan buena idea. Estoy muy bien en Greenwich. Allí tengo amigos y, lo que es mejor, a Kelsey.

Porque, claro, empiezo a salir con una chica y, ¿qué hago? Me presento a las pruebas de acceso a una escuela de Nueva York, lo que significa que tendré que vivir en el piso de mis padres de Park Avenue de lunes a viernes.

Soy único para estropear una de las pocas cosas buenas que me han pasado últimamente.

Casi me he planteado la idea de no presentarme a la audición y renunciar al CAE, pero —y ya sé lo cursi que suena esto— la música es mi vida.

Al principio no sabía que esta facilidad mía para oír una canción e interpretarla al instante al piano o a la guitarra fuera algo excepcional. Ni que pocas personas pudieran componer un tema casi sin pensar. Llevo tocando música, mi música, desde que tengo memoria. Me sale de dentro.

Son las letras lo que se me da fatal.

Soy un chico de trece años que vive en un caserón de Connecticut con su padre, banquero de inversiones, y su

madre, ama de casa. ¿Acerca de qué voy a escribir? No sé ni una palabra del dolor ni el sufrimiento. Ni del amor.

Supongo que debo dar las gracias por no tener que cantar hoy. Voy a interpretar un par de temas instrumentales. Odio cantar. Detesto que la gente me mire. ¿Me dejarán tocar detrás de un biombo?

Hago esfuerzos para que no me tiemblen las piernas pero, si dejan de hacerlo, ¿qué me distraerá del regusto a bilis que me sube por la garganta? Intento morderme las uñas pero ya no queda nada que morder.

Mi padre me da un apretón en el hombro para tranquilizarme. Detesto que se dé cuenta de que estoy nervioso. Ojalá pudiera desconectar las voces que no cesan de repetir en mi cabeza que voy a fastidiarla, igual que lo fastidio todo. ¿Por qué no puedo ser normal? ¿Por qué no puedo hacer algo sin empezar a pensar en las catorce mil formas posibles de meter la pata?

En realidad, sí hay un modo de acallar las voces. Y es lo único que se me da bien: tocar. Eso sí lo sé hacer.

Aunque sea un desastre en todo lo demás.

EMME

Pensé que todo sería más fácil la segunda vez.

Por desgracia, nada parece estar saliendo conforme al Plan de Sophie. Y yo tengo la culpa.

No creo que nadie pusiera nunca en duda que Sophie sería aceptada en la sección vocal. ¿Cómo iban a rechazarla? Tiene una voz increíble. Recibió la carta de admisión de inmediato... el mismo día que yo recibí otra donde me informaban de que el tribunal no había tomado una decisión respecto a mí y que debía hacer otra prueba.

Si bien la carta del Centro de Artes Escénicas explicaba que las dudas se debían a la «abrumadora» cantidad de solicitudes recibidas para ingresar en la sección de Composición Musical, comprendí la verdad de inmediato: no soy lo bastante buena.

Intento contener las lágrimas que inundan mis ojos. ¿Qué pensaría el tribunal si saliera al escenario hecha un mar de lágrimas? No creo que sea la mejor estrategia.

Pese a todo, llevo soñando con el CAE desde pequeña. Hace tanto que deseo asistir a esta escuela...

Y no quiero decepcionar a Sophie.

Llevamos planeando asistir juntas al centro desde que nos conocimos. Teníamos ocho años y ambas participábamos en un concurso de talentos infantiles que se celebró en Prospect Park. Yo toqué al piano un tema propio. Sophie cantó *Over The Rainbow*. Ahora bien, ella no se limita a cantar. Canta, con «C» mayúscula. Cuando abre la boca, el tiempo se detiene. No conozco a nadie que no se haya sentido hipnotizado ante su voz y su presencia escénica.

Ya poseía ese don a los ocho años. Nunca olvidaré el momento en que se acercó a mí con la medalla de oro colgada al cuello (yo gané la de plata). Ni siquiera se presentó; no hacía falta, porque todos los presentes la conocían. Se limitó a decir:

—Hola, me gusta tu canción. Si le pones letra, la cantaré para ti.

Desde aquel día nos hicimos inseparables.

Sophie ha sido mi gran apoyo. Fue ella quien insistió en que me matriculara en este centro. Seríamos una fuerza imparable, un dúo dinámico, la mejor pareja de cantante y compositor que la escuela hubiera conocido nunca.

Y ahora, por mi culpa, el equipo está en grave peligro.

—Emme Connelly.

Cuando me llaman, me dirijo al escenario haciendo de tripas corazón.

Procuro olvidar todas las dudas que me asaltan.

Puedo hacerlo.

Puedo hacerlo.

Puedo hacerlo.

Esto no lo hago solo por mí. También por Sophie.

Y si por mí misma no pudiera hacerlo, sé que por ella seré capaz.

ÚLTIMO CURSO

EMME

Jamás, ni en un millón de años, habría pensado que algún día llegaría a estar aquí. Bueno, a decir verdad, me asalta la misma idea cada vez que estoy en el auditorio del CAE. En primero, sentada al lado de Sophie, apenas podía creer que lo hubiera conseguido. Luego, en segundo, alucinaba de haber superado el primer año. Tercero me deparaba una sorpresa aún mayor: estuve a punto de no hacer la audición que había preparado aquel semestre, de lo cansada que estaba; agotada de tener que repetir las pruebas todos y cada uno de los semestres para poder seguir en la escuela, reventada de tantas clases y seminarios, harta de los conciertos, de la presión, de la competitividad. De la competitividad constante.

Afortunadamente para mí, la sección de Composición Musical es la menos competitiva de todas. Ethan, Ben, Jack y yo trabajamos juntos en casi todos los proyectos, prácticamente desde el primer día de clase.

Sin embargo, otros grupos no lo tienen tan fácil. La novia de Jack, Chloe, que pertenece al departamento de Danza, come barritas de proteínas en secreto. En el departamento de Danza compiten en dos aspectos: por bailar mejor que las demás y por comer menos, como si ser la más delgada del grupo fuera un honor y no un trastorno alimentario.

En cuanto al departamento de Teatro, allí abundan las... bueno, situaciones dramáticas. Cuando se acerca el reparto

de papeles para una función, procuro no acercarme a ninguno de los alumnos. Es muy desagradable. Poco antes de los *castings*, las puñaladas por la espalda y las zancadillas no tienen nada que envidiar a *Hamlet* y, cuando por fin se publica la lista con el elenco, aquellos que se han quedado sin papel se convierten en *Les Misérables*.

Y luego está Sophie. Mientras aguardamos a que empiece la primera asamblea de cuarto, la veo sentada cuatro filas por delante de mí, junto a Carter. Sophie lo ha tenido mucho más difícil que yo, y me siento culpable. Al fin y al cabo, de no haber sido por ella, yo ni siquiera estaría aquí.

Ethan me da un toque en la rodilla y señala hacia delante con un gesto. El señor Pafford, el director, se dirige al escenario.

—Bienvenidos —se inclina sobre el podio y evalúa la situación. Nos juzga. Siempre nos están juzgando—. De entre las más de diez mil personas que presentaron la solicitud para entrar en la escuela, solo seiscientos veinticuatro lo consiguieron, de las cuales quedan quinientas trece. Deberían estar orgullosos de ser una de ellas.

Hace una pausa para que sus palabras calen en la audiencia. Todos sabemos que nunca da una de cal sin que venga después otra de arena.

—Pero ahora ha llegado el momento de averiguar quién aparecerá un día en esta pantalla —señala la gran pantalla que se despliega a su lado. El primer día de clase, nos recibieron con imágenes de antiguos alumnos; ganadores de los premios Oscar, Grammy y Tony desfilaron brevemente ante nuestros ojos—. Como todos saben, están aquí, dos semanas antes del inicio de las clases, para empezar a preparar los números de la función inaugural y, por supuesto, los del festival de talentos.

A la sola mención del festival, la sala al completo se queda sin aliento. Cada mes de enero, el centro invita a cazatalentos, agentes y gestores universitarios a una velada que hace alarde del genio que alberga la escuela. Es la audición más importante de todas. Juilliard, Alvin Ailey, William Morris... todos estarán aquí.

La mera idea me produce náuseas.

Tanto Ethan como Ben me dan un codazo. Me conocen bien.

El señor Pafford prosigue:

—La semana que viene se celebrarán las audiciones para escoger los números que formarán parte del espectáculo inaugural. Tendrán tres minutos. La función solo constará de diez números. Las hojas de solicitud estarán listas el próximo lunes. Y recuerden: todo lo que hagan a lo largo de este semestre, y digo *todo*, influirá en la selección para el festival de talentos.

En cuanto el director da la asamblea por finalizada, se empiezan a formar corrillos.

—¿Vamos a comer? —pregunta Jack, que se despereza y se da unas palmadas en la barriga—. Necesito tener el estómago lleno antes de pensar siquiera en la tortura a la que me vais a someter durante los ensayos para la audición.

Nos señala a Ethan y a mí con un gesto.

—Claro, esto... —empiezo a decir, pero me interrumpo.

Todos hemos visto a Sophie, que se acerca a mí con una sonrisa. Yo le sonrío a mi vez. Apenas la he visto en todo el verano y no hemos podido quedar después de las vacaciones. Desde que nos conocemos, nunca habíamos pasado tanto tiempo separadas y la he añorado mucho.

—¡Hola, Em! —Sophie me abraza—. Te he echado de menos.

Yo le devuelvo el abrazo.

—¡Yo también! Estoy deseando enseñarte mis últimas composiciones.

Sophie aplaude con entusiasmo.

—Me muero por oírlas.

Se vuelve hacia los chicos y los saluda con frialdad.

—Eh, Sophie, llegas justo a tiempo de arrancarle un tema a Emme —le espeta Jack—. Qué oportuna.

No le hacemos caso.

—Los chicos y yo íbamos a comer —le digo—. ¿Qué te parece si quedamos esta noche?

Parece decepcionada.

—Me encantaría, pero Carter tiene un compromiso, un estreno o algo así, y le he prometido que lo acompañaría.

Me hace gracia el modo que tiene Sophie de plantear esas cosas como una obligación. Sé que le encanta asistir a los estrenos con Carter: los fotógrafos, la atención, los medios. Somos completamente distintas en ese aspecto.

Una vez ha repasado sus compromisos y los de Carter, quedamos al día siguiente por la tarde. Sophie y mis amigos no se llevan bien, pero es que ellos no nos entienden. Solo se fijan en que canta mis temas, pero no tienen ni idea (por más que yo se lo explique) de lo mucho que dependo de ella.

Da vida a mis composiciones.

En el fondo, la necesito muchísimo más que ella a mí.



—¡Bueno! —en cuanto estamos todos sentados alrededor de la mesa, Jack sonrío. Problemas a la vista—. Hoy es como si fuera el primer día de clase y estamos comiendo...

Ethan y Ben gimen. Yo intento reprimir una sonrisa, pero no lo consigo. Es una tradición. Se remonta al primer día de escuela, cuando nos conocimos.

Aquella primera vez, entré en la cafetería como un prisionero de camino al paredón. Estaba temiendo aquel momento desde que Sophie y yo habíamos descubierto que nuestro horario de comidas no coincidía. Para acabar de empeorar las cosas, yo no había hecho ni un solo amigo en toda la mañana.

La cafetería estaba atestada de alumnos que reían y charlaban en grupo.

Eché un vistazo a las mesas y vi a un chico de mi clase de Composición Musical que comía un bocadillo a solas. No sabía cómo se llamaba, pero el señor North había dicho que era el único que no había tenido que repetir la audición para

entrar. Me acerqué a él, consciente de que debía hacer un esfuerzo por conocer gente.

—Hola, soy Emme —me presenté. Él alzó la vista a medio mordisco. Llevaba el pelo negro muy corto, casi rapado, lo que dejaba a la vista sus mejillas congestionadas. También llamaban la atención su camiseta y sus vaqueros, cuatro tallas por encima de la que necesitaba—. Esto, ¿vamos juntos a Composición Musical? —no sé por qué formulé la frase como una pregunta—. ¿Me puedo sentar aquí?

Mi voz sonaba una octava más alta de lo normal.

Asintió. Luego, cuando se hubo tragado la comida, habló por fin.

—Soy Ethan.

—Hola —saqué una bolsa de zanahorias—. Bueno pues... —no se me ocurría nada que decir. Quería preguntarle por su audición, qué tipo de canciones componía, qué tocaba, cualquier cosa—. No puedo creer que esté aquí, ¿sabes? Mi amiga Sophie ha entrado en la sección vocal y es buenísima. Tiene otro horario de comidas. Estaba muy preocupada por si no encontraba a nadie con quien comer y estoy encantada de haber coincidido contigo.

Recuerdo que pensé: *Caray, Emme, salta a la vista por qué siempre es Sophie quien lleva la voz cantante.*

Ethan me sonrió con educación.

—¡Eh! —gritó una tercera voz. No le hice caso—. ¡Eh, pelirroja! —alcé la vista y vi a dos chicos de clase de pie junto a la mesa—. ¿Cabén dos más?

—Claro —respondí, agradecida de no tener que seguir poniéndome en evidencia ante Ethan.

—Yo soy Jack y este es Ben.

Jack tenía una sonrisa simpática, una complexión robusta que le favorecía y una gran mata de pelo rizado.

Ben se acomodó enfrente de Jack. Aquel día llevaba una boina muy chula, a cuadros verdes y azules, que le tapaba casi todo el pelo rubio ceniza. Era mucho más guay que ningún compañero de clase que hubiera tenido nunca.

Jack se rio.

—¿Qué, me vais a decir vuestros nombres o tendré que seguir llamándote por el apodo?

—¿Apodo?

—Sí, pelirroja. Te queda bien —me tiró del pelo.

—¡Ah! —intenté reírme también, pero el color de mi pelo, rojo brillante, siempre me había hecho sentir incómoda. Como Sophie se encarga de recordarme a menudo, es imposible no reparar en mí—. Yo soy Emme y él es Ethan.

—¡Ethan! —Jack hizo gestos de asentimiento—. Ethan, «El Elegido». ¿No te han entrado ganas de matar a North por deshacerse en elogios delante de toda la clase?

Ethan se encogió de hombros.

Jack prosiguió:

—Porque a mí no me habría hecho ni pizca de gracia. Por lo que he oído, la gente de aquí es muy competitiva.

—Venga —suspiró Ben—. Estudiamos música, de modo que nos necesitamos los unos a los otros. No tiene sentido sacar las uñas... todavía. Además, he oído que en primero se trabaja en equipo —Ben dio una palmada en la mesa—. ¡Eso es! Aquí y ahora. ¡Formemos un grupo!

—La cosa se pone interesante —Jack se frotó las manos—. Esto me empieza a gustar. Una fraternidad... con chica —me guiñó un ojo—. La pelirroja será la típica cantante mona.

—No, yo no canto. Pero mi amiga Sophie... —empecé a decir en voz tan baja que Jack pasó al siguiente miembro del grupo.

—¿Tú qué tocas, Ethan?

Él titubeó.

—Guitarra, piano, saxo, batería...

—Vale, ya lo pillamos. Eres un genio. ¿Y tú, Emme?

—Pues sobre todo el piano y la guitarra. Tocaba la flauta cuando era pequeña pero...

—No, no necesitamos flauta en un grupo de rock cañero.

Ben lo interrumpió.

—¿Y por qué das por supuesto que somos un grupo de rock?